

ropa, representa la causa de los pueblos y de la civilización.

Así se espresaba el nuevo jefe del cuerpo expedicionario de Méjico, y así también revelaba la política hipócrita y acomodaticia que ha seguido siempre el César francés.

Pero las esperanzas que sobre Méjico había abrigado hasta entonces Napoleón III habían salido fallidas, y le era necesario, por lo tanto, arreglar su conducta á la actitud que tomaba el pueblo mejicano. Para éste, que rechazaba con todas sus fuerzas cuanto hasta entonces se había intentado por Mr. de Saligny y el general Almonte, y que además se mostraba dispuesto á luchar desesperadamente contra toda innovacion que del traidor viniera, no podían ser aceptadas jamás las doctrinas que Almonte representaba, y Luis Napoleón tenía que apelar á otros medios que fueran ménos repulsivos para los mejicanos. La conducta observada por Almonte desde que se había investido de los poderes dictatoriales, había sido condenada por los habitantes de la República, y era menester conceder á otro aquellas facultades, para ver si de este modo era posible conquistar el afecto y adhesión del pueblo mejicano. Por esto Napoleón encargó al general Forey, que á su llegada á las costas de la República, hiciese ver que iba á ponerse al frente del cuerpo expedicionario, cuyo mando le había sido confiado por el emperador por decreto del 6 de Julio de 1862; que todos los poderes militares y diplomáticos estaban reunidos en su mano, puesto que S. M. le nombraba su ministro plenipotenciario en Méjico; y que Mr. Dubois de Saligny continuaria residiendo en Méjico en la posición de un jefe de misión, cuyos poderes quedaban momentáneamente subordinados á los de un embajador extraordinario.

En cuanto al general Almonte, el nuevo ministro plenipotenciario publicó un edicto, luego que llegó á las playas de Méjico, declarando que no le reconocía como jefe supremo de la nación, título que se había conferido á sí mismo, y que desde luego quedaba destituido de su título de presidente provisional, disuelto su Gobierno, y nulos y sin efecto todos sus actos.

Recordad que donde quiera que os veáis, lo mismo os América que en Europa.

La segunda división la mandaba el general Berthier y sus dos brigadas la mandaban los generales Berthier y Forey, que se encontraban ya en Méjico.

Después que desembarcaron en Veracruz todas las fuerzas que debían operar en Méjico, el general Forey decidió marchar sobre Puebla, dividiendo su ejército y dirigiéndolo por los dos caminos que conducen á esta ciudad: el de Orizaba, que era el que hasta entonces había seguido el ejército, y el de Jalapa, que no había recorrido aun.

Por este último camino había sido enviada la brigada de Berthier, fuerte de 5.000 hombres; la cual, después de una marcha lenta y difícil por el mal estado de los caminos, llegó á ocupar el 1.º de Noviembre, sin resistencia alguna, la posición de Puente Nacional, desde donde siguió su marcha sobre Jalapa, deliciosa población de unas trece mil almas, que sirve de recreo en la estación más calorosa, á los habitantes bien acomodados de aquellas comarcas.

Ni en esta población ni en ninguna de las que atravesaron las tropas francesas hasta llegar á Puebla, encontraron un solo enemigo á quien combatir, ni un solo habitante que no hubiese abandonado sus aldeas y sus hogares. El terror que los soldados franceses inspiraban á los pobres moradores de las poblaciones inmediatas á Veracruz, hizo que éstos huyesen amedrentados tan luego como tenían noticia de la próxima llegada de los invasores; y hombres, mujeres, niños, todos desaparecían, llevándose su escaso mobiliario para que no fuera presa de los escesos de la soldadesca.

El general Forey se dirigía entretanto á la ciudad de Orizaba, en donde publicó una proclama con el fin de apaciguar el espíritu guerrero, que en este punto y en algunos otros empezaba á levantarse amenazador contra las fuerzas francesas. En esa proclama, el general francés hacía ver á los mejicanos, que sólo pensaba en combatir al Gobierno de Juarez, cuya impotencia para hacer el bien estaba probada hasta la evidencia, por el deplorable estado en que Méjico se encontraba; pero que nunca combatiría al valiente y noble pueblo de Méjico. «¿Qué es, en efecto,—decía el general Forey,—lo que se vé en vuestras ciudades? Edificios arruinados, calles intransitables, fangales cor-



Lit. de J. Donon Madrid.

FOREY.

rompiendo la atmósfera. ¿Cómo están vuestros caminos? Llenos de pantanos y sumideros, por donde no pasan sin gran peligro los carruajes y animales. ¿Qué cosa es vuestra administración? El robo organizado.»

Continuando despues el general Forey en la exposicion fiel y exácta de las instrucciones de su emperador, recordaba á los mejicanos los abusos cometidos por los encargados de administrar justicia, exagerando con la más dañina intencion, las molestias que en sus personas y en sus intereses les habian causado.

«Los encargados de cobrar las rentas del Estado, suelen llenar sus bolsillos antes que las arcas de la nacion. ¿Puede ser fomentada la agricultura cuando el labrador tiene la seguridad de verse defraudado del fruto de sus trabajos?»

«¿Pueden adelantar el comercio y las artes cuando por todas partes, y de muchos años acá, sólo se oye el grito de guerra?»

«Acaso habeis conquistado vuestra independencia, despues de tanta sangre vertida por tan nobles y santas causas, para hacer de ella tan deplorable uso? ¿Y no habrá ya en este país, favorecido del cielo por tantos dones, verdaderos patriotas que comprendan que ha durado demasiado la esplotacion de esta noble nacion por algunos ambiciosos, gastando en una lucha fratricida toda la fuerza y vida de Méjico?»

«Sí... lo digo con profundo dolor, y lo dicen cuantos ven la triste situacion de vuestra patria. Correis hácia un abismo; un paso más, y desapareceis con su independencia, y volveréis á la barbárie. Deteneos, pues, y volved sobre vuestros pasos; que la Providencia os proporeiona para ello una oportunidad única.»

El general francés encomiaba luego el orden y disciplina de su ejército, no acordándose de tantas y tan numerosas víctimas como habian causado en el territorio mejicano los actos crueles del ejército expedicionario, y les aseguraba que iba á ayudarles á que se constituyera la nacion mejicana en un pueblo rico, poderoso, libre, que envidiarían bien pronto todos los pueblos del mundo.

«Y cuando hayais establecido,—continuaba,—un Gobierno honrado é íntegro, que sólo tenga empleados honrados é íntegros

como él, entónces la Hacienda pública será de todos, y no solamente de algunos como sucede hoy. En lugar de enriquecer á un corto número de ambiciosos, servirá para pagar un ejército regularizado, capaz de asegurar el orden y proteger la propiedad en lugar de destruirla; servirá para abrir vias de comunicacion como en Europa, favoreciendo así el comercio y la agricultura, que hacen la prosperidad de las naciones; servirá para reponer vuestros caminos, vuestros puentes, vuestros edificios; servirá, en fin, para empedrar y alumbrar vuestras ciudades.»

III.

La elocuencia del general Forey no bastó para convencer á los habitantes de Orizaba. Los concejales de esta ciudad presentaron, en el mismo día en que se dió la proclama, la renuncia de sus respectivos cargos; y todos los hombres de valer y de importancia, así de aquella como de las poblaciones inmediatas, procuraron por todos los medios, ayudar á sus vecinos y conciudadanos de Puebla en la heróica resistencia á que esta poblacion se preparaba.

En la capital de la República, la actitud de sus habitantes era más imponente, y el entusiasmo rayaba en frenesí. El presidente Juarez manifestaba al Congreso, la amarga pena que le causaba la resolucion del ejército francés por el estado de penuria y de miseria en que se encontraba el país, á la vez que con el valor y energía propios de su patriotismo, se mostraba dispuesto á luchar contra la fuerza invasora hasta derramar la última gota de sangre.

«La actitud,—decía Juarez,—tomada por la Francia respecto á nosotros, impide que Inglaterra y España reanuden con la República las negociaciones abiertas en la Soledad; pero esto no será difícil conseguir, estando el Gobierno dispuesto á reconocer todas las reclamaciones que con buen derecho se hagan á la República.»

«Si bastára esta disposicion para atraer al emperador de los franceses á un arreglo pacífico, la guerra actual, por cierto, no habria estallado. Pero hoy dia, para nadie es un misterio el verdadero designio del emperador.

Las declaraciones del general Forey, acababan de romper el velo de respeto á la soberanía de Méjico, y de noble desinterés con que se cobijaban la ambición y la codicia de nuestros enemigos; y el hombre que holló sus deberes para con su patria, hasta el grado de admitir un gobierno fantástico, bajo la protección del enemigo extranjero, ha recibido con su miserable caída, el solo y terrible castigo moral que pueden sufrir los hombres sin conciencia...

Si yo fuera simplemente un particular, ó si el poder que ejerzo fuera la obra de algun vergonzoso motin, como sucedia tantas veces antes que la nacion toda sostuviera á su legítimo Gobierno, entónces no vacilaria en sacrificar mi posicion, si de este modo alejaba de mi patria el azote de la guerra. Como la autoridad no es mi patrimonio, sino un depósito que la nacion me ha confiado muy especialmente para sostener su independencia y su honor, he recibido y conservaré este depósito por el tiempo que prescribe nuestra ley fundamental, y no le pondré jamás á discrecion del enemigo extranjero, antes bien sostendré contra él la guerra que la nacion toda ha aceptado, hasta obligarle á reconocer la justicia de nuestra causa...

IV.

La contestacion del Congreso mejicano á esta declaracion del supremo magistrado de la República, no pudo ser más patriótica ni más conforme con los sentimientos de libertad y de independencia que Méjico ha abrigado en todos tiempos.

La Asamblea, por boca de su presidente, recordaba los grandes obstáculos con que habian tenido que luchar por espacio de cinco años para llevar al país por una senda política normal y definitiva; y que el mismo valor, la misma entereza que habia mostrado para llegar á este estado, seguiria mostrando en la ocasion presente, para superar las nuevas dificultades que á la constitucion definitiva del país presentaba la nueva invasion francesa.

La nacion está decidida á salvar la independencia, y sus representantes vienen al Congreso llenos de esa voluntad. En un período reciente, el país ha conquistado bene-

ficios sociales y políticos que le inspiran doble apego á su nacionalidad: ya no vé en ella una palabra vaga y una idea abstracta, sino un conjunto de goces y derechos políticos. Es exacto que la nacion ha cobrado en pocos años una fuerza, que sólo ha venido á medir ahora que se vé obligada á emplearla; su carácter se ha templado en las luchas por la libertad, hasta el punto de sentir la misma fuerza y energía con que conquistó su independencia. Sus bríos se han redoblado al advertir que la suerte de las batallas se pone al lado de la justicia, y que la gloria ha venido á nuestro encuentro en los primeros combates.

Lo único que los mejicanos piden al Gobierno, es que salve su independencia y su libertad. Nosotros protestamos en nombre suyo, como la nacion lo está haciendo ya por medio de los hechos, que las personas y las propiedades de todos los mejicanos no son en estos momentos más que de la patria. Los rasgos de desprendimiento patriótico que están teniendo lugar en toda la República, autorizan al Congreso para hablar en estos términos, sin que sus palabras se tomen por vano alarde de resoluciones heroicas.

La esperanza que acaba de insinuar el Gobierno de reanudar sus relaciones normales con Inglaterra y España, tan pronto como desaparezcan ciertos inconvenientes accidentales y momentáneos, es tambien una esperanza y un deseo del Cuerpo legislativo, que vé una garantía de realizacion, en la conducta leal y caballeresca que esas dos naciones y sus dignos representantes han tenido para con la República desde que se firmaron los preliminares de la Soledad.

Se ha estrellado en el buen sentido nacional, la distincion nada nueva que el enemigo extranjero ha pretendido hacer entre el Gobierno y el pueblo mejicano. La nacion, ciudadano presidente, siempre se reputará atacada, cuando lo sean los magistrados que, como el que hoy la rije, emanan de su voto libérrimo.

El emperador de los franceses declaró á Méjico que no le manda la guerra, sino la felicidad; que su único enemigo es Juárez, y que desapareciendo éste, se hará lo que Méjico quiera.

Escusado es preguntar con qué derecho

se pretende de los mejicanos, ya sea eso, ya cualquiera otra cosa que ofenda en lo más mínimo su soberanía.

Sabido es que toda ley, todo derecho callan, cuando sólo las armas mandan y se hacen escuchar.

Pero á ese lenguaje, Méjico y los mejicanos todos responden, que no aceptan ni aceptarán jamás la menor intervencion extranjera en sus negocios y su organizacion social y política; que elejido libre y constitucionalmente, como primer magistrado de la República, el ciudadano Benito Juárez, no sólo no consentirán nunca que reciba la ley de cualquiera potencia extranjera, por poderosa que esta sea, y por numerosos y aguerridos los ejércitos con que se invada el país, sino que se opondrán ahora y siempre, hasta que termine su período legal, á la separacion del puesto que tan dignamente ocupa.

Es un axioma consagrado en la larga y sangrienta historia de las revoluciones del mundo, que los pueblos que quieren ser libres lo son: nosotros queremos serlo y lo seremos... La firmeza en el propósito, sean cuales fueren los contratiempos ó desastres que puedan sobrevenir: la perseverancia en el obrar y la union de todos los ánimos, para obtener el resultado que se busca, tal es la opinion general y el más vivo deseo de los mejicanos que representan en este Congreso á sus conciudadanos.

El entusiasmo y patrióticos sentimientos que el Congreso mejicano manifestaba en su contestacion al supremo magistrado de la República, era el mismo de que se hallaban poseidos, con rarísimas escepciones, todos los habitantes del país.

Pero ese entusiasmo, ese amor verdadero y santo á la independencia y libertad de la patria, tuvieron que ceder, aunque momentáneamente, á la inmensa pesadumbre de más de 30,000 franceses, que como un torrente, se esparcieron por el territorio mejicano. Los habitantes de la República, por más que llevarán grabado en su alma el sello del dolor y de la desgracia, al reconocerse impotentes para resistir el bárbaro empuje de las fuerzas del gran imperio del Occidente de Europa, guardaron, sin embargo, en su corazón, viva la esperanza de vengar más tarde aquella derrota; y ante esa idea, nada

les importaba que la Francia entera cayera como una plaga sobre el país mejicano.

V.

Desde Veracruz á San Agustín del Palmar por el camino de Orizaba, y hasta Jalapa por el de este nombre, se encontraban 35.000 franceses, armados y equipados como lo están siempre los únicos mantenedores del trono imperial. Generales tan entendidos como Forey, Bazaine, Berthier y tantos otros que han admirado á la Europa por su valor y pericia, se hallaban al frente de aquellas legiones. Traidores á la patria tan sagaces y astutos como el general Almonte y el Padre Miranda, tenían mayor interés aún que el mismo Napoleon III, en el triunfo de las armas francesas.

Méjico, además, acababa de perder á uno de sus más valientes capitanes: al general Zaragoza, jefe del ejército de Oriente; el país estaba asimismo pobre y abatido por las intestinas luchas que en defensa de la libertad le habian agitado durante largos años: su rival, en cambio, estaba rica, floreciente, orgullosa de sus triunfos en Europa. La República mejicana tenía, pues, que doblar por lo pronto la cerviz al medio millon de bayonetas con que contaba la Francia; pero con la firme é inquebrantable resolucion de esforzarse continuamente hasta levantar su encorvado cuerpo, y dar al mundo una leccion más de lo que pueden los pueblos cuando se ataca á sus derechos y á su libertad, é imponer al orgulloso monarca francés un castigo tan horrendo, como grave habia sido su delito.

Así es que sin grandes contratiempos, las tropas francesas se apoderaron pronto de las poblaciones de Jalapa, Perote, de las cumbres que separan á Orizaba de Puebla, de San Agustín del Palmar, Quechutec, San Andrés Chalchicomula; y de los importantes puertos de Tampico y Alvarado, que tuvieron que rendirse á la numerosa escuadra del almirante La Gravière.

Con la pérdida del primero de estos puertos, quedaron los mejicanos privados de los auxilios de armas y municiones que recibian de los Estados Unidos; al mismo tiempo que proporcionaba al ejército francés, en el Esta-

do de Tamaulipas, una gran cantidad de transportes para unirlos á los que desde la Habana, Francia, Antillas francesas y Nueva York llegaban á aquel puerto todos los dias para facilitar, á la vez que la marcha del ejército francés, su abastecimiento, que tan difícil se presentaba en el país mejicano.

VI.

Juarez no se dormía: conociendo que se aproximaba el peligro, lo dispuso todo para una resistencia formal, organizando las fuerzas militares en dos cuerpos de ejército, denominados del Centro y de la Reserva, que en unión con el de Oriente, deberían combinar sus movimientos para atacar á los franceses. El mando del ejército de Reserva fué confiado al general Doblado, y el del Centro á Comonfort, antiguo presidente, cuya base de operaciones debía residir en Méjico, y que recibió el encargo de cubrir la capital, operando sobre la línea de Puebla.

Pero estos dos ejércitos no constituían una fuerza muy temible: la tercera, la más numerosa, la más dispuesta para la guerra, era la guarnición de Puebla, mandada por Gonzalez Ortega.

El general Gonzalez Ortega, que como ya hemos manifestado en otro lugar, reemplazó á Zaragoza, despues de la temprana muerte de este bravo general, en el mando del ejército de Oriente, luchaba denodadamente contra las partidas de reaccionarios que se presentaban en el distrito de su mando, á la vez que hostilizaba por todos los medios á las tropas francesas en los diferentes puntos de que iban éstas posesionándose. El espíritu en general de los mejicanos, se mostraba iracundo contra los invasores, á los que ocultaban todo género de recursos, y les oponían en cambio toda clase de trabas y entorpecimientos en su marcha hácia el interior de la República.

La misma ciudad de Puebla se encontraba en muy buen estado de defensa. Se habia tenido tiempo, durante ocho meses, para aumentar las fortificaciones, para desarrollar los trabajos. Habia en Puebla dos fuertes principales, el de Guadalupe y el de Loreto, y otros siete secundarios. Guadalupe estaba armado con más de cuarenta cañones, y

cientas piezas de grueso calibre estaban repartidas entre los otros fuertes, de manera que cruzaban sus fuegos. Además, en barrios enteros, las casas y los edificios se convirtieron en castillos, y en encrucijadas y en ciertas calles se levantaron formidables barricadas. Gran cantidad de provisiones se habian acumulado en la ciudad, como en visperas de un largo sitio, y todos los conventos se habian convertido en almacenes y arsenales. El general Ortega, que debía defender la plaza, no era ciertamente un soldado: como la mayor parte de los generales mejicanos, se habia improvisado en la guerra civil; pero tenia cierta reputacion de hábil y sereno, y se habia batido con valor en otras ocasiones.

Todos estos preparativos, todo este entusiasmo de los mejicanos contra las fuerzas francesas, obligaban al general Forey á dilatar más y más sus planes de ataque contra esta última poblacion, temeroso de sufrir una derrota tan completa y desastrosa, como la que ya habian sufrido ante sus muros las armas francesas el memorable dia 5 de Mayo.

La situación por otra parte del general francés, no era posible prolongarla por más tiempo. Bajo aquel clima, mortífero para los europeos, el ejército francés experimentaba innumerables bajas, que se aumentarían considerablemente en la época no lejana de los grandes calores. El número de soldados que contaba el ejército expedicionario no podia aumentarse, sin que esto fuera altamente gravoso á la nacion francesa. Los mejicanos aprovechaban cuidadosamente el tiempo para prepararse mejor á la defensa. La estancia, en fin, en Veracruz y Orizaba de las fuerzas expedicionarias, hacia más de un año, no podia ya dilatarse, y era forzoso avanzar.

Resuelto el general Forey á acometer su difícil empresa, dió en 15 de Febrero de 1863 un manifiesto á los mejicanos, asegurándoles una vez más, que sus intenciones eran las más rectas, las más convenientes y favorables para el bien y felicidad de Méjico. Despues de la larga permanencia, decia Forey, —que el cuerpo expedicionario que está bajo mis órdenes ha tenido que hacer en sus campamentos, vá á salir y marchar sobre Méjico.

CAPÍTULO V.

Sitio de Puebla.—Medios de defensa con que contaba esta ciudad.—Combate del fuerte de San Javier.—Heróica resistencia de los mejicanos en los fuertes del Carmen y de Santa Inés.—Victoria alcanzada por los mismos.—Nuevas disposiciones del general Forey.—Derrota de Comonfort en las alturas de San Lorenzo.—Ríndese la plaza el 17 de Mayo.

En los últimos días del mes de Febrero de 1863, se pusieron en movimiento las tropas francesas hacia la ciudad de Puebla, cuya población creían ver sometida en breve á las armas del emperador. Al efecto se dieron las órdenes oportunas á las tropas del general Forey, que se encontraban acantonadas de la manera siguiente:

En Quecholac 5.000 hombres; en los Reyes 2.000; en Tecamachalco 2.000; en Acultzingo 5.000, y en Amozoc 2.000.

El general Bazaine se hallaba en Nopalucan con 5.000 hombres; Tianguistengo con 4.000 y Marquez con 2.000.

El total, pues, de hombres de guerra que se dirijian sobre Puebla era de 27.000, más el tren que reuniría unos 5.000, y otros 2.000 á que ascenderian las fuerzas de Vicario y las partidas sueltas. La ciudad de Puebla, que contaba con una guarnicion de 16.000 hombres, iba á verse muy pronto sitiada con fuerzas franco-mejicanas en número de 34.000 hombres.

Hasta mediados del mes de Marzo, los franceses no pudieron acercarse á las inmediaciones de Puebla. Varios y sangrientos encuentros que tuvieron con las guerrillas mejicanas, entorpecieron de tal modo su marcha sobre la ciudad, que á pesar de la cortísima distancia á que se encontraban de la misma, tardaron cerca de un mes en acercarse á sus muros.

Despues de mil precauciones, y rodeando la población con cerca de 4.000 hombres, el general Forey, que habia establecido su cuartel general en el cerro de San Juan, á espaldas de la ciudad é inmediato al fuerte de San Javier, dispuso que el 18 de Marzo fuese embestida la plaza, prometiendo á sus soldados que un solo asalto bastaria para

Por larga que haya sido su permanencia, y aunque haya tenido la apariencia del reposo, no ha sido tiempo perdido. Os habrá hecho reflexionar, no lo dudo, sobre las mentiras de los que tienen interés en presentarnos como vuestros enemigos, y á quienes los valientes soldados que mando, han dado tambien un solemne mentis con el órden y la disciplina que no han dejado de reinar entre sus filas.

Si somos vuestros enemigos, nosotros los franceses que protejemos las personas, las familias, las propiedades, ¿qué serán entonces esos mejicanos, vuestros compatriotas, que os gobiernan por el terror, que saquean vuestras propiedades, que al acabar con las particulares, por unas exacciones sin ejemplo, acaban tambien con la Hacienda pública, sin otro fin que el de conservar el poder de que hacen un uso tan deplorable?

Si, mejicanos: Ya habreis conocido por nuestros hechos la sinceridad y la lealtad de nuestras palabras, cuando á nombre del emperador os declaraba yo solemnemente lo que hoy os vuelvo á repetir: y es, que los soldados de Francia no han venido aquí á imponeros un Gobierno; que no traen otra mision, despues de haber arrancado por la fuerza, al que pretende ser la espresion de la voluntad nacional, la justa reparacion de nuestros agravios, que por las negociaciones no se ha podido conseguir; no traen otra mision que la de consultar esa voluntad nacional sobre la forma de gobierno que desea, y sobre la eleccion de los hombres que le parezcan más dignos para asegurar el órden con la libertad en el interior, su dignidad y su independendencia en el esterior.

Cuando esto se haya conseguido, los que con nosotros no hayan contribuido con su vida al éxito de tan noble empresa, volverán á embarearse en los buques de Francia y regresarán á su patria llenos de dicha y orgullo...

Con tales alocuciones, y con sus 30 ó 40.000 bayonetas, pretendia el general Forey atraer á su causa la población mejicana, y trasformar de una manera completa y estable su manera de ser libre é independiente.

otro analogo á manera de enormes escudos...
fue posible al general Forey, que estable-
cido en la Penitenciaría dirijia los trabajos



VISTA GENERAL DE PUEBLA.

Lit. de N. Gonzalez Madro

MÉJICO.